

voz en el consejo de las naciones; sólo así podrá cumplir los destinos á que la llama la Providencia.

En esta cuestion no hay fracciones, no hay partidos, no hay más que españoles. Amamos á la pátria que nos dá la vida, como amamos á la madre que nos dió el sér. La sangre que corre por nuestras venas es la sávia de su tierra; siempre el nombre de la pátria está impreso en el corazon, siempre fijo en la mente. Unámonos en una idea, trabajemos todos de consuno, y la raza ibera, que dutuvo las irrupciones de los pueblos bárbaros, que salvó la civilizacion europa en la Edad media, ofreciéndose en los campos de batalla como eterno holocausto, que civilizó un nuevo mundo, que dobló el cabo de las tormentas para llevar el espíritu europeo al Oriente, que hundió en Lepanto la feroz soberbia de los turcos, que llegó con la enseña de la cruz hasta Constantinopla, hasta Atenas, volverá á seguir la carrera de sus glorias, y realizará su inmortal destino.

Octubre 14 de 1859.

LA GUERRA DE ÁFRICA

Y ABNEGACION DE LA DEMOCRACIA.

La guerra de Marruecos está ya declarada. Después de tantos años de postracion, en que España ha devorado en silencio las injurias de sus eternos enemigos, se alza transfigurada á blandir aquella temida lanza que venció á los bárbaros en Calatañazor, en las Navas, en Algeciras y en Lepanto. Ahora ya no se debe preguntar si la guerra es oportuna ó conveniente; ahora el soldado debe batirse, el artista apercibir su buril y su cincel para grabar en el espacio las glorias de la pátria, el poeta imitar á Tirteo en sus cantos, el sacerdote orar en el fondo del santuario, el escritor cortar su pluma para excitar á la pelea á nuestros soldados, el propietario ofrecer sus ahor-

ros para la guerra, la débil mujer hacer hilas y bálsamos para las heridas de nuestros mártires, los inocentes niños deben balbucear ya los nombres de nuestros antiguos héroes que elevan el espíritu, y todos hallarnos apercebidos para dar al mundo, como en todas las grandes ocasiones la historia, uno de esos ejemplos de abnegacion que obligan á los extraños á pronunciar siempre con respeto el nombre inmortal de nuestra pátria.

Dios, que ha señalado al mundo y al hombre la ley del progreso, quiso que entre la raza española y la raza que se extiende por los arenales del África haya una eterna guerra, á fin de que la más fuerte y más civilizada, eleve, levante á la que se deje caer desfallecida en brazos de la inmoralidad y de la esclavitud que enflaquecen y degradan á los pueblos. Nosotros, desde el día terrible en que sufrimos la afrenta del Guadalete, alentados por nuestra desesperacion y nuestro heroismo, hemos ido creciendo hasta barrer del suelo español los señores que lo habian profanado, y mientras nuestros eternos enemigos se encerraban forzosamente en el árido seno de sus desiertos, nosotros descubríamos un nuevo mundo en los mares, llevábamos nuestras enseñas á Constantinopla, á Gre-

cia, á los umbrales del Asia, sojuzgábamos Italia y Flandes, sosteníamos el lábaro de la civilizacion universal en Lepanto, humillábamos la media luna en el Norte de Europa, descubríamos en la India, por medio de los navegantes portugueses, los tesoros de una civilizacion ignorada, derramábamos las aguas del bautismo cristiano en los archipiélagos de Canarias y Filipinas, atemorizábamos á los piratas del Mediterráneo, les rompíamos sus naves, les arrancábamos sus forzados, y poníamos la cruz sobre los muros de Orán y de Túnez, comenzando la obra de la civilizacion del África, que es nuestro porvenir y nuestro destino. Esta obra presentida por San Fernando, preparada por D. Alonso X, iniciada por Pedro III de Aragon y Alonso XI de Castilla, que llamaron ya á las puertas del África, idealizada por el último pensamiento de Isabel la Católica, proseguida por Cisneros, por Carlos V, por D. Juan de Austria, por Pedro Navarro, por el duque de Osuna, por Felipe V, por Carlos III, interrumpida durante la agonía del absolutismo, debe coronarse ahora con el espíritu del siglo xix, que lo inunda todo con sus esplendorosos reflejos, y que ha engrandecido desmedidamente á nuestra pátria.

Pero no es nuestro ánimo hoy hablar de la guerra de África: vamos á hablar de la conducta de la democracia, de su sensatez en tan extraordinarias circunstancias; nuevo mentís que este partido arroja á la frente de los que le creen irreflexivo y presa de ardientes pasiones. Nosotros, personalmente, y como partido, nada ganamos con la guerra de África. En primer lugar, nuestros enemigos, los que dispersaron á nuestros representantes, los que produjeron una reaccion violenta para ahogar nuestras ideas, los que abrieron el camino á los infinitos males que traia consigo un absolutismo vergonzoso y vergonzante, son los destinados á realizar un pensamiento acariciado siempre por la democracia, un pensamiento que ha flotado sobre todos nuestros discursos y sobre todos nuestros artículos, un pensamiento que nosotros creíamos sólo propio del pueblo emancipado, un pensamiento audaz, que era el sueño de toda nuestra vida; y se llevan así la gloria de cumplir el destino de la pátria, de reanudar el roto hilo de la historia, de escribir con la punta de sus espadas en los campos abrasados del África una nueva página del poema inmortal de nuestra vida. Pero como ántes que todo estimamos la honra de la

patria, el porvenir de este pueblo tan caro, olvidamos la historia del hombre que realiza esta gran obra, y le aplaudimos, y le acompañamos con nuestros fervientes votos, y deseamos que recoja abundantes laureles, y llorariamos con lágrimas de sangre una rota que viniese á desconcertar sus planes militares, porque hemos hecho todos los sacrificios posibles en el altar sagrado de la pátria.

No se nos ocultan los males que á nuestro interés pueden traer los triunfos en África. Sabemos que el general O'Donnell, si vuelve vencedor, vuelve con el prestigio inmenso que en los pueblos meridionales lleva consigo el heroismo, y que ese prestigio lo ha de aprovechar en nuestro daño; sabemos que su política, que nosotros aborrecemos, se ha de afirmar, si cabe en lo posible que se afirme; pero arrostramos por todo cuando se se trata de la salvacion de la pátria. Acostumbrados desde niños á vivir unidos á la tierra en que vimos la primera luz, como el alma está unida al cuerpo; orgullosos siempre de sus glorias, de sus proezas; habiendo seguido con los ojos del alma el camino de la raza española sembrado de cruentos sacrificios, hemos cobrado un amor tan profundo, tan vivo á la pátria, que le consa-

gramos todos nuestros pensamientos, la invocamos como un númen divino en todas nuestras empresas, trabajamos, aunque oscura y humildemente, por su gloria, y nos parecería dulce el sacrificio de la vida por su salvacion, porque lo hemos aprendido así en el ejemplo de nuestros inmortales progenitores, que han empapado con su sangre la tierra entera, para alcanzar el engrandecimiento de su amada España.

Sabe la democracia tambien, porque no puede ocultársele, que la guerra trae forzosamente consigo el predominio militar; que el predominio militar es contrario á la razon y al derecho, porque el sable suele cortar de raíz la ley; sabe que el ejército, si vuelve vencedor, será más dueño aún de nuestro destino que lo ha sido por desgracia hasta hoy; sabe que el ejército alimenta preocupaciones graves contra la democracia; y á pesar de esto, quiere la guerra, porque, amante de la pátria, quiere que ya que debemos tener ejército, lo tengamos ornado con los resplandores de una gloria ganada sobre los enemigos de nuestra raza, gloria que eleve el nombre español en todas las naciones de la tierra.

No se nos oculta que de una ocasion tan gran-

de puede salir más fuerte este sistema doctrinario, cuya agonía estamos presenciando, y que los restos gastados de las sociedades antiguas que se lleva en su corriente inmensa el gran rio de los tiempos, pueden levantarse, creyendo que van á vivir mucho tiempo al calor de la gloria; pero seguimos saludando la guerra de África, porque en ella vemos el despertar de España.

Si hay algun beneficio personal que recoger de esa guerra, lo recogerán nuestros enemigos, porque nosotros pocos ó ningun amigo tenemos en el ejército. Pero no importa. Aborrecemos por instinto el criterio de utilidad. Todos los inconvenientes que puede tener la guerra, se compensan sobradamente con lo grande y maravilloso de la idea, con los beneficios que va á reportar la civilizacion, con la gloria de nuestras banderas, con el progreso de nuestra pátria, con los anchos y dilatadissimos horizontes que se van á abrir á este inquieto génio español, que no ha sabido vivir sino como el águila, en las alturas y entre el fragor de las tempestades.

Sabemos que á esa conquista no se han de llevar nuestras ideas, que no se han de abrir sus puertos á la absoluta libertad de comercio, que no

se han de levantar hogares para todas las razas de la tierra, que no se han de realizar los principios de justicia y de derecho que venimos tanto tiempo predicando; pero queremos la guerra, porque anhelamos que se asienten las primeras piedras de ese edificio magestuoso, que han de coronar con sus grandes ideas los venideros siglos.

Ahora, atreveos á insultarnos de nuevo, atreveos á poner ni por un instante en duda nuestro patriotismo. Un partido que así procede, que ningún interés personal ni mezquino libra en la guerra, que la ama por puro patriotismo, bien merece el láuro de ser considerado como uno de los partidos más disciplinados, más sensatos, pues ostenta el ardor de la juventud unido á la madurez que dá siempre la experiencia. Nosotros podemos levantar la voz más alta que todos nuestros enemigos en esta gran ocasion. Nosotros no buscamos en la guerra de África ni una hora más de poder, ni nuevas huestes para nuestro partido, ni glorias para nuestros jefes; no, buscamos la honra y la gloria del nombre español, la extension de nuestra patria por sus fronteras naturales, el brillo de la idea civilizadora en el África, la redencion de vigorosas razas dormidas en la esclavitud del fa-

talismo, la obra de la cultura de un mundo que necesita que el cincel de una raza artistica é inteligente lo desbaste, para que broten las abundosas fuentes de vida que en su seno encierra; motivos todos igualmente puros, igualmente dignos de un partido que ha unido en su bandera el nombre de la pátria al nombre del derecho.

Ahora sólo nos resta dirigirnos á nuestros soldados, á nuestros ejércitos, y saludarlos en nombre de la pátria. Un campo inmenso está abierto á su valor, á su heroismo. Se van á renovar aquellas empresas que son el gran trabajo de las generaciones en lo presente, pero tambien su gloria en lo porvenir. La audacia ha sido siempre el rasgo distintivo de nuestro carácter; la fé en nuestro destino, la principal virtud de nuestros héroes. Esa audacia nos llevó al Oriente á sostener un imperio que se desplomaba á impulsos de su propio peso; y á los últimos límites de Occidente en pos de un mundo que no conocíamos, y por un camino que no habia hollado ningun barco europeo. La nacion española ha tenido exceso de vida, ha sido siempre en los campos de batalla pródiga de su sangre: hoy debe pensar que no emprende una guerra de exterminio, sino de asi-

milacion; que vá á llevar la vida, y no la muerte y el ódio; que ha de pasar por aquellas abrasadas regiones, no como una tromba asoladora, sino como una de esas benéficas nubes que derraman el rocío del cielo; que su ministerio allí no es de un dia, ni de un instante, sino de siempre, porque nuestra pátria está destinada á ser la maestra del África. ¡Admirémonos delante de la grandeza de nuestros destinos! ¿Qué hubiera sido del mundo sin esta España que el mundo ha vilipendiado por su grandeza? El fatalismo musulman emponzoñaría aún los jardines de Italia y del Mediodía de la Francia, como emponzoña las deliciosas riberas del Bósforo; el Mediterraneo seria un lago turco encerrado en un inmenso serrallo; los altares de Roma, serian pesebres de los caballos del desierto, porque sin Calatañazor, donde fué vencido el imperio de los Abderramanes; sin las Navas, donde fueron vencidas las razas de los almohades; sin Lepanto, donde fué rota la omnipotencia marítima de los turcos, Europa toda seria lo que es hoy Constantinopla, y la media luna brillaria sobre las cúpulas de nuestras iglesias, y nosotros llevaríamos en la frente la marca que Grecia se ha lavado

con sangre, la marca de los esclavos. Concluamos nuestra obra, despertemos en el corazon de los hijos del desierto el sentimiento borrado de su propia libertad, infundámosle el espíritu de nuestro siglo; salvemos, salvemos al África como hemos salvado de la barbarie á la Europa. Esta es una obra de titanes, pero digna de la grandeza de nuestra historia y del generoso aliento de nuestro pueblo.

Octubre 26 de 1859.